

Imágenes que los argentinos deben ver

Por Luis J. Grossman

Si se consultara a los habitantes de la ciudad de Buenos Aires acerca del Zanjón de Granados lo más probable es que responderían con un encogimiento de hombros y ese gesto que equivale a ¿de qué me están hablando? Sin embargo, ahora, mientras trato de reflejar en un espacio limitado y sin ilustraciones este fenómeno singular de la geografía porteña, son numerosos los turistas que visitan la capital argentina que ya estuvieron allí y dan testimonio de eso con grandes demostraciones de admiración y regocijo. Para aclarar desde ya este enigma, déjenme decir que se trata de una construcción de remotos antecedentes que se ubica en el distrito más antiguo de este conglomerado capitalino. Tiene en la actualidad dos entradas, una por la calle Chile 440/450 y otra que en realidad funciona como salida, en Defensa 755.

Hay historiadores que ubican las barrancas de la primera fundación, la de don Pedro de Mendoza, al borde del Zanjón de Granados, uno de los tramos a los que hoy me refiero. Más tarde, un riacho llamado el Tercero del Sur era el límite sur de la ciudad que Garay fundó en 1580. Drenaba el agua de lluvia de las calles y, en su etapa final, corría por zanjones hacia el Río de la Plata. Uno de los tramos pasaba por la parcela de Granados, vecino del Buenos Aires de 1810. Después, para mejorar la salubridad, los canales fueron entubados y pasaron al olvido. Olvido que duró casi dos siglos hasta que, 20 años atrás, un conventillo en ruinas, con una montaña de escombros de 4 metros de altura, fue adquirido para ser reciclado. Cuando los trabajos de preparación y limpieza empezaron a revelar restos valiosos, se convocó a expertos y comenzó la aventura del descubrimiento. Así fue como los antiguos túneles reaparecieron y se los puso en valor entre 1986 y 2002.

El observador verá no menos de cuatro tamaños de ladrillos y los respectivos aparejos, la prolija ejecución de arcos con los más diversos espesores. También cisternas, aljibes y enseres de casi cuatro centurias. Lo que me resulta sorprendente es que, con el entusiasmo de mi primera visita, no encontré después a nadie que tuviera conocimiento de ese fenómeno situado a tan corta distancia del Centro. Ciertamente, esto último no es tan raro y son múltiples los ejemplos de habitantes de una ciudad que desconocen o tienen menguado acceso a célebres bienes de su propia población. Si se preguntara a los parisienses, sorprendería saber cuán alta es la proporción de aquellos que no conocen el Louvre por dentro. No obstante, es nuestra misión dar a conocer los lugares que deben ser recorridos y comentados. Lo digo porque admito que mi experiencia en ese lugar fue reciente, a raíz de una oportuna sugerencia de Tomás Dagnino, y cuando nos vimos en el lugar con Julio Keselman, Alberto Marjovski y Mario Stabilito coincidimos en la honda emoción percibida durante esa primera visita.

Como ocurre siempre en casos como el que trato de describir, hay un hombre clave, que impulsó desde el origen una realización que demandó mucha voluntad; perseverancia (casi diría obstinación); seriedad intelectual para que no fueran malogrados tesoros arqueológicos hallados durante las tareas de excavación, y, obviamente, dinero. Aunque él no quiere salir de su bajo perfil, debo decir que ese hombre se llama Jorge Eckstein y está rodeado por un equipo de jóvenes talentosos a los que contagió su energía, y que literalmente vive en ese lugar mágico que invito a conocer: el Zanjón de Granados.

luisjgrossman@gmail.com

Link permanente: <http://www.lanacion.com.ar/875751>